

## **COMENTARIOS A “Algunas hipótesis sobre los mecanismos de financiamiento político del partido radical. Las campañas electorales de 1928 y 1930 en la ciudad de Buenos Aires.”**

### **Comentarios de Gardenia Vidal (UNC)**

En este trabajo se estudian, en especial, las campañas electorales de la UCR Personalista de 1928 y 1930 en la ciudad de Buenos Aires con el propósito de reconstruir las fuentes de ingreso menos ‘formales’ que contribuyeron a sostener el gasto electoral.

El tema elegido es interesante, además de necesaria su reconstrucción por la escasez de trabajos realizados al respecto. Las campañas electorales son momentos extraordinarios, tanto desde una perspectiva política como social y ponen al descubierto numerosos comportamientos y prácticas que, como en el caso de las revoluciones –claro que en menor medida- permanecen latentes el resto del tiempo.

Por consiguiente la elección de dichas instancias para detenerse en el análisis de algún tema político en particular es muy meritoria. Más aún cuando se pretenden analizar las actividades llevadas a cabo para la atracción de sufragantes y su correlato con el financiamiento de los partidos políticos.

Como bien dice M. José el discurso partidario no era suficiente para atraer a los votantes, de allí que las agrupaciones debieron ingeniarse para modernizar sus dispositivos propagandísticos pese a que muchos de los ejercidos desde hacía tiempo siguieron siendo efectivos (asado con cuero, guerra de afiches, compra de votos, etc.). El punto central de la autora es identificar las campañas electorales como eventos esenciales del proceso de la modernización de la política y por ende de la construcción de la ciudadanía como señala en la primera página. Paralelamente, su intención es relacionar este nuevo proceso con la modernización tecnológica que se produjo en los años veinte para reconocer los nuevos mecanismos utilizados por un partido a fin de

convencer a más ciudadanos en el momento electoral. De allí que remarque y detalle la utilización de los nuevos medios de comunicación (radio, cine) y otras innovaciones como el uso de avionetas y automóviles para la realización de propaganda partidaria. El concepto de modernidad subyace en gran parte del trabajo, aunque no se explicita ni se define.

A pesar de que no es el tema del ensayo, este se hubiera enriquecido con una síntesis de los estudios cuyo eje de investigación para cooptar militantes, simpatizantes y votantes es el análisis de mecanismos simbólicos que no se limitaron solo a lo discursivo. Existe un entramado denso entre los significados, los gestos, los emblemas etc. y la subjetividad de los sectores populares que sería conveniente mencionar porque el mismo impacto que la radio, el cine, el avión mostrando una leyenda, etc. provocaba en las subjetividades para seducirlas está íntimamente relacionado con ese ámbito simbólico.

¿Por qué estas innovaciones tecnológicas eran aplicadas con tanto éxito? ¿Por qué seducían al electorado? En mi opinión además de la atracción que ejercía la modernidad industrial, la sensación de inclusión social como espectadores por los nuevos procedimientos propagandísticos no debe dejarse de considerar. El grado de inclusión social es la clave para entender el triunfo electoral de una fuerza en una época de masificación de la política. En ese sentido sería interesante conocer con más exactitud la distribución barrial de estos “entretenimientos” –pese a que la autora sostiene que se produce por igual en las diversas circunscripciones- para tener una aproximación sociológica más certera. Esto permitiría saber a qué espacios geográficos se buscaba seducir particularmente, ¿Habrá habido intereses específicos sobre algunos sectores sociales en particular?

En el periodo analizado (elecciones nacionales de 1928 y 1930 para la Capital Federal), la masificación de la política no implicaba solo la atracción de los hombres, sujetos de derechos políticos, sino las mujeres y la familia en su conjunto también eran atraídas por el aparato propagandístico. La participación en el espacio público se amplió notablemente, aunque no todos estaban habilitados a sufragar. Sabemos por algunos trabajos clásicos, como los de Hilda Sabato y las fuentes que lo manifiestan incesantemente, que la participación femenina y de los inmigrantes cumplían un rol notable en el proceso electoral (las mujeres, muchas veces maestras interactuando en el palco improvisado para leer un discurso partidario que impulsaba a

votar a los radicales (¿o a otro partido?); o aquellas que en diversos pueblos por donde pasaba el tren con figuras nacionales del radicalismo, en especial si se trataba de Yrigoyen, compartían el liderazgo con los hombres para darle la bienvenida a ese paso breve por la localidad; o las otras que se enorgullecían especialmente en las dos campañas electorales analizadas formando parte de las manifestaciones con la gorra blanca del partido radical. En cuanto a los inmigrantes, la cantidad de comités y subcomités organizados por hombres de orígenes diversos se multiplicaban cuando se acercaba una elección. Además, gran parte de los eventos recreativos o de otras actividades organizadas por los comités no estaban orientadas solo a los posibles electores. O sea que la seducción no se ejercía solamente a los ciudadanos.

Efectivamente persuadir a los votantes a través de la utilización de los nuevos y antiguos dispositivos materiales exigía dinero y en consecuencia es ineludible reconstruir los procesos y metodologías a través de las cuales se obtenía el mismo, sin embargo la explicación de la autora de este financiamiento, por el momento, es limitada. Como ella misma dice, las fuentes consultadas hasta el momento no le permiten elaborar una propuesta más definida y alternativa a las existentes, solo elaborar algunos apuntes para comenzar a introducirse en el tema con una mirada innovadora.

David Rock, en su ya clásico libro, sostiene que la relación clientelar (de patronazgo) establecida entre los punteros radicales y los votantes - cuyo recurso básico de intercambio era un cargo público- aseguraban las elecciones a los radicales a la vez que, presumiblemente, le permitía al partido recaudar un porcentaje de esos sueldos para gastar en las elecciones. La redistribución del ingreso mediante este tipo de prácticas era un hecho, aunque sabemos que no era el mecanismo excluyente ni predominante para conseguir los votos, como convenientemente manifiesta la autora.

María José señala una hipótesis interesante que la reitera en otras oportunidades y que merecería ser más explicitada con datos: la diferencia entre el interior y la capital respecto del ejercicio de las mismas actividades. Así, la hipótesis de Rock se aplicaría con mayor amplitud en el interior que en la capital, lo mismo habría sucedido con la presencia de la violencia durante las campañas electorales. En la capital se habría manifestado una violencia 'no física'; los ataques al gobierno en los comicios de 1930 se reflejaban a través de la prensa instando a la ciudadanía a votar en contra del gobierno y no mediante peleas callejeras, uso de armas blancas, etc. Es una observación interesante, como dije, no obstante merecería ser sostenida con mayor cantidad de

ejemplos puesto que si se mira la historia de la capital, esta no es ajena a intensos actos de violencia (pensemos solo desde 1919 en adelante).

Ya que la escasez de fuentes encontradas hasta ahora no le permiten a Valdez conocer como se desagregaban los gastos (a diferencia de la información existente sobre el partido socialista), ni tampoco reconocer cómo se obtuvieron los fondos, una vía alternativa puede ser insistir más en una reconstrucción basada en una mirada cualitativa e indirecta de los hechos para lograr sus objetivos, antes que buscar datos cuantitativos. De alguna manera es a lo que recurre la autora cuando volviendo a Rock coincide que eran los caudillos barriales quienes financiaban las actividades recreativas para los miembros del comité y sus posibles votantes durante las campañas electorales. Gasto que no era un gesto de idealismo, sino de ambición política ya que el partido los retribuía facilitándoles el ascenso en la estructura partidaria. Esta aseveración para ser ratificada necesita más investigaciones que nos provean de ejemplos concretos para la época estudiada.

Otro mecanismo que menciona la autora y que ciertamente puede constituir un elemento novedoso de financiación es la estructuración de una máquina recaudadora de dinero mediante el aporte simbólico (de uno a diez pesos) que realizaban figuras destacadas, en este caso del Antipersonalismo, como Crotto, Melo, A. P. Justo, entre otros, acción que posiblemente pretendía erigirse en un modelo a seguir y así estimular el aporte de los sectores menos pudientes.

Igualmente, no descarta la práctica del juego ilegal (aunque no lo analiza) y la persistencia de prácticas previas a 1912 para recaudar fondos.

En síntesis, la propuesta general es interesante pero necesita mayor información para ser sustentada. Por otra parte, podría ser conveniente sistematizar el trabajo prestando atención no solo al financiamiento, sino también a las prácticas partidarias durante las campañas electorales (en realidad el trabajo se presenta haciendo hincapié en ambos temas). Esto permitirá desarrollar de manera más acabada la cuestión de la introducción de la modernidad tecnológica, etc. para seducir al electorado, a la vez que podría ofrecer rastros importantes para ligarlo con la segunda parte, es decir la financiación de las campañas.